

AMOR Y OXIDENTE

(fragmento)

GERARDO DENIZ

CAÍA LA TARDE sobre aquel París de antaño;
cruzaban, lentos, la pasarela y encima del poniente
lució la estrella del pastor. Jorge Spero giró con elegancia
estrechando el talle de la sólida demi-vierge. Señaló con el índice y aspiró a fondo:
—Venus, planeta segundo,
gravita a dieciocho millones de leguas del sol.
(La joven Yclea, dulcemente, aprobaba; sonriendo
entornaba pestañas pajizas.) Un tren expreso
lanzado a velocidad de sesenta y tres millas por hora
tardaría siete años y medio en alcanzar aquel astro. Venus, insisto
—Jorge se enardecía—,
con una densidad de cuatro punto cincuenta y uno,
desplaza cada dieciséis minutos un volumen de once trillones
de tocas cúbicas; a Marte
—rozaba Yclea con ocho dedos la barandilla del puente—
dicho expreso tardaría diecinueve años. —¿A Júpiter? —bisbiseó la hermosa
desfalleciente mientras el sabio, volviéndola sin ceremonia, le buscaba en el pecho.
—Cincuenta y dos años siete meses. —¿Saturno?
—¡Ciento cuatro años! —y amasaba salvajemente la teta diestra.
Yclea, mordiéndose los labios: —¿Neptuno?
—¡Quinientos veintinueve y veintiséis semanas!
(Spero se abalanzó. La joven bramó como un reno
pero logró poner los codos en el pretil y apretar ambos puños.) —¿A la Polar, entonces?
—¡Tres mil setecientos lustros! —y él, aferrado a las caderas,
embestia frenético por detrás, ropa contra la ropa, falda y mirriñaques. —¿Aldebarán?
—¡Trescientos nueve siglos! —¿Antares? —¡Ciento cuarenta
y ocho mil años! (Ella oscilaba con el amado
subido a su opulenta espalda
y pateando al aire.) —¿...Sirio? —los dientes rechinan.
—¡Seiscientos treinta y cuatro mil bisiestos! —Jorge se restregaba con violencia,
resoplaba en aquella nuca rubia.
Unos deshollinadores hicieron alto para mirar a los novios.
—¿Betelgeuse? —¿Cuál dices? —Betelgeuse. Alfa
Orionis, pues. —¡Dos millones dos
cientos mil
trimestres! —un académico los contemplaba distante a pocos pasos,
cruzando hacia el Instituto, espadín y bicornio;
Jorge, con un largo gemido, comenzó a resbalar
hasta que las puntas de sus botines tocaron de nuevo el suelo.
—¿Las Pléyades? —suspiró la bella con alivio, mirando aún hacia el río, por si acaso.
—Millón y pico... —ya él
se corregía el gorro, peinaba con languidez los pliegues de su capa
y ofrecía galantemente el brazo a la blonda noruega.
Creció la noche y en ella se perdieron, despacio, discretos.